

XXXVII.

Los voluntarios del 93.

Al día siguiente, es decir, el 4 de Junio, salían de París por la Villette dos carruajes de posta, uno con cuatro caballos, y otro con dos.

Era un lujo extraordinario para los tiempos que corrían, y no podían salir de París dos coches de posta sin informaciones.

De modo que del segundo carruaje, que era una carretela descubierta, lo que indicaba que nada tenían que temer los que iban dentro, bajó un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, vestido de negro, y llevando, cosa extraña en aquel tiempo, calzon corto y corbata blanca.

Por eso su presencia excitó la curiosidad del puesto de guardia cercándolo y sin ocuparse de los otros dos viajeros que permanecían en la carretela, el uno con el traje de sargento de voluntarios, el otro con el de hombre del pueblo, gorro frigio y escarapela.

Pero apenas mostró sus papeles el que había bajado, se abrió el círculo que se había formado, y echando una rápida ojeada en el segundo carruaje, se les dió permiso para continuar su camino.

En aquel hombre vestido de negro habremos conocido al señor de París, que se dirigía á Chalons con uno de sus ayudantes, Legros, y el hijo de uno de sus amigos llamado Leon Milcent, sargento de voluntarios, para estrenar una guillotina nueva que pedían los maratistas del Marne y que el verdugo de París debía poder en movimiento.

Su ayudante se quedaria en Chalons hasta que el verdugo estuviera al corriente.

Con respecto al hijo de su amigo, iba destinado á Sarre-Louis, en donde reforzaban la guarnicion porque los reveses de Bélgica hacían temer una invasion en Champaña.

Debía recoger en el camino unos veinte voluntarios y conducirlos á Sarre-Louis.

Aquellos papeles y aquellas órdenes emanaban del municipio, poder soberano, y estaban firmadas «Pache, alcalde, y Hénriot general.»

El señor de París había pedido la víspera una licencia, dejando en su lugar á su primer ayudante, y nadie le hizo la menor objecion.

Además, le habían dado una hoja de ruta para el ciudadano Leon Milcent, que había hecho la primera campaña de 1792, despues de la cual regresó á sus hogares, pero que al nuevo llamamiento de la Francia corria á la frontera.

Todo era verdad ménos la identidad de Leon Milcent, el que, como habrán adivinado mis lectores, no era otro que Jacobo Merey.

El señor de París se había encargado no solo de hacerle salir de la capital, sino de conducirlo á Chalons, desde donde le seria fácil, conociendo como conocia las localidades, llegar á la frontera.

Al día siguiente, cerca de las doce, entraban en Chalons los dos carruajes.

Allí concluían las relaciones de Jacobo con el señor de París, y este exigió que el doctor se presentara al momento en la municipalidad para preguntar si había en las cercanías algunos voluntarios destinados á Sarre-Louis.

En Chalons había once, y siete ú ocho en los alrededores.

Jacobo Merey era demasiado despreocupado y debía demasiado al señor de París para no manifestarle al despedirse su gratitud y sincero reconocimiento.

La marcha de los voluntarios se fijó para dos días despues, y se dió la orden á los que habitaban las cercanías que se encontraran en la plaza á las nueve de la mañana, y despues de fraternizar en una comida con la Guardia nacional, se pondrían en camino los diez y ocho voluntarios.

Jacobo Merey fué el primero que estuvo preparado. Su grado de sargento le imponía la exactitud.

La Guardia nacional, que se componía de unos sesenta hombres, había cuidado de los preparativos de la comida.

En la plaza de la Libertad se extendía una gran mesa, que podía servir para cien convidados.

Los cubiertos restantes eran para la municipalidad, que hacía el honor á los voluntarios y á la Guardia nacional de participar de su almuerzo.

A las diez estaban en la mesa.

El almuerzo fué ruidoso y alegre; en Chalons, es decir, en la capital de Champaña, cuando llegan las comidas á su término se parecen á un fuego de peloton, solo que los fusiles son las botellas de Sillery y los muertos y heridos se sanan con algunas horas de sueño, ocupándose despues en sus quehaceres como si nada hubiera sucedido.

En medio del fuego de la mosquetería champañesa fueron pronunciados varios brindis, contestados hasta por Jacobo Merey. Primero los brindis á la nacion, á la república y á la Convencion fueron acogidos con grandes aplausos; despues á Danton, á Robespierre y á San Justo.

Todos aplaudieron, hasta Jacobo, porque era demasiado inteligente para no comprender á través de las nubes que los ódios políticos esparcen sobre las reputaciones que Robespierre y San Justo eran sublimes ciudadanos y buenos patriotas.

En cuanto á Danton, si no hubieran brindado por él, lo hubiera hecho Jacobo Merey. Un entusiasta brindó por Marat; todos se levantaron y aplaudieron moderadamente.

Jacobo Merey se levantó tambien, pero no tendió su vaso para chocarlo con los de los demás, ni bebió.

Un fanático advirtió la frialdad del sargento y brindó por la muerte de los girondinos.

Los convidados se estremecieron; se levantaron, pero no aplaudieron.

Jacobo Merey permaneció sentado.

—¡Eh! sargento, exclamó el que había brindado; ¿estais clavado en la silla?

Jacobo se levantó.

—Ciudadanos, dijo; combatiendo por la libertad desde hace cinco años, creía haber conquistado la de permanecer sentado cuando me pareciera.

—Pero ¿por qué te quedas sentado? ¿Por qué no bebes á la muerte de los traidores?

—Porque he salido de Paris cansado de ver á los ciudadanos degollarse unos á otros, y voy á la frontera para matar cuantos prusianos pueda. En lugar de tu brindis propongo el siguiente:

«A la vida, á la fraternidad de todos los hombres de gran corazón y buena voluntad, y á la muerte de los enemigos franceses ó extranjeros que tomen las armas contra Francia.»

El brindis fué acogido con unánimes aplausos, y Jacobo Merey se aprovechó de aquel entusiasmo para hacer seña que deseaba hablar.

Todos callaron.

—Despues de mi brindis y viendo cómo ha sido acogido, no puedo ménos de proponer otro.

«A nuestra próxima marcha y al rápido y victorioso encuentro con el enemigo. Tocad tambores.»

En tiempo de revolucion debe notarse que toda reunion de gente armada tiene un tambor.

Los voluntarios llevaban el suyo, el que se puso á tocar marcha; los guardias nacionales y los voluntarios se abrazaron, y la tropa se puso en marcha tocando la *Marsellesa*, al grito de ¡Viva la nacion!

Al salir de Chalons, tuvo Leon Milcent la satisfaccion de hacer un signo postrero de gratitud y de despedida á un hombre que estaba solo en la ventana de una casa aislada.

Era el habitante de la calle del Marais.

Como el dia ya estaba algo adelantado, no anduvieron más que cinco leguas, deteniéndose en Somme-Vesle, es decir, en la primera parada despues de Chalons.

Allí recibió el sargento Milcent sinceras felicitaciones de todos los soldados por el brindis del almuerzo.

La generalidad de los voluntarios no eran ni fanáticos, ni energúmenos; eran verdaderos patriotas, que probaban su patriotismo de distinto modo.

Leon Milcent fué presentado, según hemos dicho, como habiendo hecho la campaña del 92; así es que los soldados que por primera vez servían le rogaron que se detuviera en el sitio mejor para ver el campo de batalla de Valmy.

El sargento postizo se lo ofreció, y nada más fácil.

La campaña empezaba en Pont-Somme-Vesle, porque en la aldea no había sino dos ó tres casas y hubo que formar un vivac.

Felizmente en los sacos de los voluntarios habían puesto toda clase de provisiones los guardias nacionales.

Unos sacaron un pollo, otros una empanada; este una botella de vino, aquel un salchichon; de modo que la comida participó de la prodigalidad del almuerzo.

Era el 5 de Junio y la temperatura era muy templada; así es que pasaron la noche al raso bajo los magníficos árboles que están á la izquierda del camino de Santa Menchould.

Los voluntarios que eran naturales de aquellos contornos refirieron á los otros que en Pont-Somme-Vesle era en donde el rey tuvo la primera decepcion en su fuga, porque no encontró á los húsares que debían esperarle y que los aldeanos dispersaron.

La narracion de lo sucedido á Luis XVI en Varennes está aun muy reciente y todos lo saben.

Por la noche pasó un postillon de Santa Menchould, llevando caballos de la posta de Drouet.

Jacobo Merey le detuvo y le dió un *assignat* de cinco francos con tal que se encargara de decir al posadero de la posada de la Luna que mandase al encuentro de los voluntarios un asno cargado con pan, vino y carne asada.

Encargaba tambien al posadero que tuviera preparada para las cuatro del otro dia comida para veinte personas.

El postillon ofreció cumplir su cometido.

Al dia siguiente el tambor despertó á los que dormían. Se sacudieron, bebieron lo que quedaba de aguardiente en sus frascos, y

se pusieron en marcha algo inquietos. Había seis leguas Pont-Somme-Vesle hasta Santa Menchould, y no sabían las precauciones que se habían tomado.

La hora primera de marcha se pasó alegremente, pero al concluir la segunda el desaliento llegó á su colmo. El sargento Leon Milcent vió á la orilla del Aisne un asno conducido por un aldeano.

—Amigos míos, dijo; si yo fuese Moisés y vosotros fuérais hebreos en lugar de franceses, y que en vez de conducirnos al enemigo os llevara á la tierra prometida, tendría necesidad de un milagro para reanimar vuestro ánimo, y os diría que Jehová nos enviaba ese aldeano con el asno. Pero prefiero deciros que el posadero de la posada de la Luna lo manda con nuestro almuerzo; por consiguiente, como el sitio es á propósito os grito: ¡Alto! y os requiero á poner los fusiles en el suelo.

Nunca, por muy elocuente que haya sido una arenga, ha obtenido aprobacion más completa, ni jamás el conductor de una tribu, aunque fuera profeta, tendría una ovacion comparada con la que obtuvo el sargento.

Primero dudaron los voluntarios, pero el campesino detuvo al asno, y dijo:

—¿No sois vosotros quienes habeis pedido os enviaran almuerzo y prepararan comida para veinte personas?

—¡Desgraciado! Me quita el efecto de la sorpresa.

Después, volviéndose á los voluntarios:

—Amigos míos, dijo; habeis tenido la bondad de aceptarme por jefe; yo debo ocuparme del alimento de mis soldados.

—¿De modo que es para vosotros? repitió el aldeano.

—Sí, idiota.

—Pero, mi sargento, dijo uno de los voluntarios después de haber hablado con algunos compañeros; entre nosotros hay varios que no tienen dinero y que cuentan con el dinero del gobierno para costear los gastos del camino. Preferimos deciros esto con tiempo, sargento, para que no nos trateis como grandes señores, sino como pobres.

—No os apureis, mis buenos camaradas, contestó Jacobo, quien recobraba su alegría cuanto más cerca estaba de volver á ver á Eva: no solo estoy encargado de vuestro alimento, sino tambien de la paga. Cuando llegueis á vuestro puesto recibireis los atrasos y todo lo arreglaremos; entre tanto vamos á comer.

La mesa fué el verde césped, y cada cual se sentó para comer á la romana.

Como habia sido de improviso no sobraba, pero hubo suficiente, y el almuerzo fué alegre por lo mismo que era inesperado; cada cual tomó fuerzas para continuar el camino. Un cojo, que se habia torcido un pié aquella mañana, se subió en el asno y siguieron adelante.

Solo el muchacho estaba contrariado, porque decia que á él le correspondia el asno; pero una copa de vino y dos reales le devolvieron su buen humor.

A las cuatro llegaron á la posada de la Luna y encontraron la mesa puesta. Segun encargó Merey, estaba colocada en el extremo del jardin de la posada, desde donde se dominaba la llanura de Valmy.

Jacobo y sus voluntarios estaban justamente en el sitio en donde permaneció el rey de Prusia durante la batalla con Brunswick y su Estado mayor.

La llanura estaba cubierta de mieses.

Algunas ondulaciones del terreno indicaban los sitios en donde estaban enterrados los prusianos, y una vegetacion más vigorosa marcaba perfectamente el lugar en que el cuerpo del hombre servia de abono para la tierra.

Gracias á esto le era fácil á Jacobo la explicacion.

A un kilómetro y en el fondo de un vallecito que se parecia algo á Waterlóo, concluian las ondulaciones.

Los prusianos no habian llegado ni aun al pié de la colina de Valmy.

En la cima se encontraba Kellermann con sus diez y seis mil hombres y su artillería.

Detrás de él, en el monte Ivron, los seis mil soldados que Dumu-

riez hizo pasar para impedir que su compañero fuese envuelto.

A la izquierda el molino de viento, detrás del que un obus prendió fuego á unos arcones, lo que esparció la turbacion en el campo francés.

—¿Y vos dónde os encontrabais? le preguntaron á Jacobo los voluntarios.

El sargento lanzó un suspiro y mostró con la mano el espacio comprendido entre Santa Menehould y Braux-Santa-Cubiere.

—Entonces, dijo uno de ellos, ¿estabas con Dumuriez?

—Sí, dijo Jacobo; soy de este país y le serví de guia en el Ar-gonne.

Jacobo dejó caer la cabeza entre sus manos.

Apenas habian pasado nueve meses desde Valmy, desde la auro-ra maravillosa de la libertad y de la república, y esta se destrozaba entre sí y estaba amenazada por el enemigo. El mismo Jacobo, que en medio de los aplausos de la Convencion de Paris, de la Francia, habia anunciado las dos victorias que se creia eran la salvacion de la patria, se veia obligado á huir, á salir de Paris acompañado por el verdugo y su criado como si caminara al cadalso, y atravesaba la Francia fugitivo, disfrazado, proscrito, volviendo á pasar oculto con el traje de voluntario por aquellos sitios por donde pasó triunfante nueve meses antes.

¿Y Dumuriez?

Aquel era el verdadero desgraciado.

Jacobo Merey, víctima de un cataclismo revolucionario, tal vez volveria á ver un dia á la Francia y se colocaria en el puesto que requería su mérito; pero Dumuriez, traidor á la madre patria, no volveria jamás.

Todo esto llamó una lágrima á los ojos del sargento.

—¿Lloras, ciudadano? le preguntó un voluntario.

Jacobo se encogió de hombros y señaló al campo de batalla.

—¡Ay! contestó; lloro, sí; lloro esos dias que, como los de la juventud, no vuelven jamás.